

PARA GUANTES

manguitos y capas de piel

LA SUCCURSAL DEL BOJLA DE VALENCIA

instalada en el Real de la feria.

Se confeccionan ajuares para bodas y bautizos.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

EXPOSICION DE PARIS 1900

Los motores a gas CROSSLEY han sido premiados por el Jurado Internacional con el

UNICO GRAN PREMIO

concedido a expositores ingleses de la Clase XX.

Aunque fueron expuestos muchos motores a gas ingleses, a ninguno otro se concedió LA MAS ALTA RECOMPENSA.

LA NEW-YORK

Compañía internacional de seguros sobre la vida, la más antigua del mundo.—Estrictamente mutua

CAPITAL ACTIVO. Balance del 1.º de Enero de 1900. Francos 1.225.403.929
Propiedad en Inmuebles y depósitos permanentes de garantía. Francos 129.426.645

Emite actualmente esta Compañía una póliza de seguro sobre la vida que se denomina POLIZA UNIVERSAL, la cual constituye el contrato más amplio que se haya hecho por cualquier Compañía; esta póliza concede al asegurado la mayor cantidad posible de ventajas y una entera libertad de acción, al propio tiempo que la garantía de una inversión lucrativa. Excepto el riesgo de suicidio durante el primer año solamente, la Póliza Universal cubre, desde el primer día de su emisión, todos los riesgos de profesión, residencia, viajes, guerra, y todo género de muerte sin excepción. En esta Compañía, toda clase de seguros son cobrables con utilidades a la terminación del período de acumulación.

Delegado de las provincias de levante en España: D. ANTONIO VALOR MOLTÓ.
Oficinas de la Delegación: San Nicolás, 22, Alcoy.

1900
Sábado 20 de Octubre

LA CUENTA DEL MÉDICO

Allí en un pueblo de Galicia vivían un pobre labrador con su mujer, el chico y la vaca.

Era muy pobre, y a fuerza de trabajar y de ahorrar, pasándolo muy mal, lograba economizar cada año, sobre poco más o menos... ¿cuánto dirán ustedes? ¡Pues cuatro duros!

Poco dinero es, se me dirá. Pero en aquel rincón del mundo, veinte pesetas es una cantidad importante, y donde nadie tiene nada, el vecino que tiene cuatro duros ahorrados es tan personaje en su aldea como Rostchid en París.

Sobre todo en un pueblucho como aquél, que sólo cuenta cuarenta habitantes y algunos marranos, con perdón sea dicho.

Es un pueblo sin cura y sin médico. Así es que cuando se le murió el hijo a «Domingo», que así se llama el protagonista de esta historia, no le dió tiempo al padre para ir a buscar al doctor a la cabeza de partido. El muchacho se puso malo por la tarde, empezó a hacer visitas por la noche, y a la madrugada estaba más muerto que Noé.

Algún perjuicio le hizo esto a Domingo entre sus convecinos, los cuales decían que así que vió al chico malo, debió haber ido corriendo a buscar al que podía tal vez haberle curado.

A esto respondía el padre que desde la aldea hasta la residencia del doctor, había más de tres horas, que el ir y venir costaba dinero, y que el médico, por ir a caballo ó en coche a visitar a tanta distancia, llevaba un duro y a veces dos. Y por último, que aunque el médico hu-

biese venido, ya se hubiera encontrado al chico de cuerpo presente.

¡Pero vaya usted a tapar la boca a los vecinos de un lugar tan pequeño, sobre todo cuando se trata de desacreditar a un hombre que tiene la suerte de ahorrar cuatro duros al año!

«No me volverá a suceder—decía Domingo a su mujer,—lo que es si tú te pones mal, médico tendrás, yo te lo aseguro!»

Y siguió trabajando y guardando cuartos durante cinco ó seis años, llegando a reunir al cabo de ellos la respetable suma de cuarenta duros, y causando la envidia de todo el pueblo.

Pero no hay dicha completa en este mundo, y los que le tenían envidia supieron un día con satisfacción, porque la gente de los pueblos es muy mala, que la «Dorotea», mujer de Domingo, tenía calentura.

Un pariente del matrimonio rico, se asomó a la puerta de la casucha y dijo con la más mala intención posible:

—¿También te la vas a dejar morir?

—Hombre, no está tan mala como para ir corriendo a tres horas de aquí; si se empeorara esta noche, veríamos.

—Allá tú; pero te advierto que todo el pueblo está esperando a ver lo que haces.

La Dorotea se puso peor por la noche. Según dijo un vecino curioso que entró a verla, tenía una calentura como un «caballo».

Domingo suspiraba. Le aterraba el gasto que iba a tener, y para un gallego esto del gasto es muy importante.

Pero no hubo más remedio que tomar una resolución; en el espacio de cuarenta y ocho horas la enferma se puso muy grave.

Domingo le alquiló en dos pesetas el burro a un amigo, después de regatear mucho tiempo, y se encaminó a la villa cercana en busca del que había de llevar la salud a su casa.

Tres horas al sol, y en un verano como pocos, eran para llegar muerto de cansado, aparte de lo que se le cantó la cabeza pensando en lo que iba a costarle la dichosa enfermedad de la mujer.

El médico a quien fue a ver le dijo que por menos de seis pesetas por cada viaje que hiciera para ver a la enferma, no se movía de su casa.

¿Y qué iba a hacer Domingo? Discutió cuanto pudo el precio, pero no consiguió nada. El médico tenía que ir y volver a caballo y perder más de seis horas en perjuicio de sus enfermos, que le pagaban mejor que los aldeanos.

Hubo que ceder, y por la tarde vieron los vecinos de la aldea entrar al señor doctor montado en un caballo blanco, que para una corrida de Beneficencia lo quisieran algunos.

Pulsó a la enferma, la miró y remiró, y después de hacerla doscientas preguntas dijo que la enfermedad podría ser larga, y como no había botica en la aldea, él se encargaría de traer los medicamentos que hacían falta.

A Domingo se le pusieron los pelos de punta de pensar en lo caras que estaban las medicinas, y los vecinos del pueblo le tranquilizaban diciéndole que a alguno de ellos por una docena de píldoras que tomó una vez le llevaron treinta y dos reales.

Al día siguiente a las once de la mañana, y con un sol para cocer huevos, ya estaba allí el médico con su caballo blanco y todos los bolsillos llenos de potingues.

—Todo esto no le costará a usted más que tres duros,—le dijo a Domingo, el cual sintió dolores de cólico al oír estas palabras.

—Bueno—dijo,—lo pagaré todo a un tiempo, visitas y medicinas.

—Como usted quiera. Hasta mañana. Y al otro día vuelta a presentarse el médico galopando gallardamente y trayendo otra vez pomadas y jaropes.

magníficos pedestales en los pórticos del templo donde hospedan a sus predilectos la inmortalidad y la gloria.

Harto dió a entender con todo ello, que los pueblos indiferentes a la grandeza que les concede la Tradición con títulos tan gloriosos, no tienen derecho a los respetos del pasado. Vegetarán, pero no vivirán. Árboles pomposamente coronados de hojas, de flores, y de frutos, mientras la savia fecundísima de la tradición, asciende con los tibios hervores de la vida desde el finísimo raigambre hasta el plegado botón de la yema, mueren desjugados y secos cuando la aridez del suelo no encierra aquellos elementos necesarios para su nutritiva reparación y sostén.

Vivir sin tradiciones, que es tanto como vivir sin recuerdos, equivale a vegetar en la estéril y mortal indolencia de las mas infecundas é inertes atonías. Y así debe deducirse lógicamente, que cuando los pueblos no aman beber en ese manantial purísimo, para saciar su sed de remozamiento y regeneración, ni podrán complacerse admirando los luminosos oasis de aquellos soles que no los tuvieron jamás para poder alumbrar continuamente la magnificencia de sus glorias, ni sabrán paladear con labio codicioso los añejos dulzores que escació el pasado en la copa de la vida. Cenirán presuntuosos la frente de perfumadas flores, y escucharán con regalado embelesamiento la deleitosa música de la adulación; pero cuando la catástrofe se avecine, sentirán asombrados que sus pedestales se levantaban sobre arena, que eran de frágil caña sus cetros, y que las flores de sus diademas solo ocultaban un esqueleto de espinas y de abrojos.

La historia de todos los pueblos, está matizada en sus orígenes por las maravillosas labores de la tradición. Ella es la que delinea la traza arquitectónica del futuro edificio, y abre sus cimientos, y levanta sus muros con tenacísima constancia, y sabe darles la fortaleza necesaria para resistir con éxito el ímpetu de todos los embates. Respondiendo al sentimiento peculiar de cada raza, y al espíritu propio de cada pueblo, labra sin esfuerzo el molde donde ha de ser vaciada la nación futura, con sus excelencias, sus defectos y sus notas características. En la riente Grecia, rodea su cuna con el regio coro de las poéticas divinidades que pueblan las azules cimas del Olimpo, y en la austera Roma se goza amparándola con las que simbolizan el valor, la fuerza y la dominación. Inspirándose en ella la fantasía popular, sembró de flores todos los caminos, y trabajó de consuno en el arte

LA TRADICION ES LA VIDA DE LOS PUEBLOS

La axiomática existencia del principio de crítica histórica, tan concisamente formulado en el tema propuesto para este torneo literario por «La Región Levantina», descubre a la perspicaz mirada de los entendimientos menos advertidos, las deslumbradoras lejanías de un horizonte que a ún conserva con inmortal frescura las huellas luminosísimas de las verdaderas grandezas. No nos exige ciertamente su estudio, la aparatosa evocación de un pasado ya muerto, aunque insepulto, según las declamatorias y arrogantes afirmaciones de un egoísmo que ha dado siempre en razonar a medias, porque anda enemistado, sin duda, con la preceptiva lógica, pero solicita que le concedamos honores, menos triunfales, siquiera, pero más nobilísimos y serenos, que los tributados con inconsistente fervor, a las sonoras trivialidades de todo género que nos disputan sin tregua la plena y legal posesión del medio ambiente moral en que nos movemos, y somos, y vivimos.

Es cierto, por desgracia, que los modernos apellidos intelectuales, ahitados por la moda hasta el más pecaminoso de los harlazos con sus cacareados documentos humanos, buscan en los aires aperitivos que les sirve como pan cotidiano la concupiscencia literaria, aquellos vedados placeres que más hondamente cosquillean con sus mordicantes impresiones el barro vivo de nuestra manchada naturaleza, pero no es seguramente menos

Estas visitas de ida y vuelta duraron la friolera de veintidos días, al cabo de los cuales, una mañana, al entrar el médico en la casa, se encontró á Domingo y á siete u ocho mujeres de la vecindad dando unos berridos de dolor horriblos. La Dorotea había tenido la precaución de morirse; á pesar de tanta visita y tanto caballeo.

El médico dijo que le chocaba mucho; Domingo, dando tregua á su dolor, le puso como un guinapo, y el doctor, montando en su jaco, dijo que ya volvería por allí cuando los ánimos estuviesen más tranquilos.

Enterraron á la mujer, se la dijeron sus buenas misas, volvió el marido á su trabajo y comenzaron de nuevo las habillitas del pueblo.

—¡Lo que le va á costar!, decían unos.
—Ya puede ahorrar dinero otros cinco años, añadían otros.

Y Domingo, que les oía, iba diciendo para su capote.

—Eso ya lo veremos.

II

Y he aquí que una tarde mi buen Domingo, que estaba sentado á la puerta de su casa, vió aparecer á lo lejos un bulto que fué acercándose y agrandándose, y que resultó ser el médico de marras.

Llegó á la puerta de la casa, bajó de su penco y dijo:

—Buenas tardes, Domingo.

—Buenas tardes, señor doctor, y bien venido.

—¿Cómo va ese ánimo?

—Pues ya va un poco mejor, gracias á Dios.

—Mucho me alegro, y aquí le traigo á usted la cuentecita de los honorarios y de los medicamentos administrados á la pobre Dorotea, que en paz descanse.

—¿Y cuánto importa todo ello, señor?

—Pues para que sea cuenta redonda, le he puesto á usted por todo cuarenta duros.

Domingo le miró fijamente, y como quien toma una resolución dijo,

—Entre usted, pase usted adelante.

El doctor entró en la casa; Domingo cerró la puerta, abrió un armario, del que sacó un taleguillo lleno de monedas, exclamando:

—Aquí está la cantidad que usted me pide, pero antes de liquidar nuestras cuentas me va usted á responder como hombre honrado, á dos preguntas.

—Contestaré con toda lealtad.

—¿Usted no curó á mi mujer, no es verdad?

—No, señor, no la curé; no tenía remedio.

—¿Luego usted la mató?

—No, señor, tampoco la maté, se murió porque tenía que morirse.

—¿De modo que ni la mató ni la curó?

—Eso es.

—¡Pues entonces—exclamó Domingo abriendo la puerta y echando al médico á la calle á patadas,—pues entonces, no le debo á usted nada!!

EUSEBIO ALASCO.

NODRIZAS

María Alós, de 28 años, leche de un mes, domiciliada en la calle de San Nicolás 104, piso principal, interior, desea encontrar criatura para su casa.

Francisca Blanes, de 29 años, con leche de seis meses, domiciliada en la calle de San Mateo número 102, principal, desea encontrar criatura para su casa.

SE VENDEN

Dos calderas de vapor de hervidores, de 12 y 16 caballos respectivamente, en buen estado.

Razón Santa Marta 41, taller de Construcción de Balaguer y Botella.

Guantería en la Feria

Sucursal de la Viuda de Camps
VALENCIA

Ofrece á su numerosa clientela, Guantes de todas clases, Manguitos, Capas de piel, cuellos novedad y demás artículos, á precios económicos.

Paradas números 4 y 5, durante la Feria.

Se reciben toda clase de encargos en guantes y peletería.

ALCOY

A pesar de haber dado un periódico la noticia, que nosotros reprodujimos, de que el Ministro de Hacienda había tomado algunas medidas para que no faltasen en los estancos monedas de uno y dos céntimos, es lo cierto que en Alcoy no se ha notado ese beneficio, pues, especialmente de las primeras, no se ve una ni por un ojo de la cara, siendo de extrañar que ni de una y otra clase de monedas hay existencias en la sucursal del Banco de España en esta plaza.

¿No podría el director interino de la misma, reclamarlas á las sucursales de Valencia ó de Alicante?

Mucho habría de agradecerlo el público y el comercio en general.

—Por el inspector de carnes D. José M. Latorre, fué mandado quemar un cerdo, que al ser sacrificado ayer en el Matadero, resultó atacado del *cisticercus cellular*.

Igual medida adoptó hace unos días, el Sr. Latorre, en otro cerdo que padecía la misma enfermedad, lo cual demuestra que en el Matadero se ejerce una esquisita inspección.

Debemos elogiar este celo por lo que interesa á la salud pública, llamada la suprema ley.

—Hoy sábado, principia en la Parroquia de Santa María, el solemne Novenario que la piadosa Asociación de señoras doncellas, consagra á su Divina Majestad, en desagravio de las ofensas que recibe en el agosto Sacramento de la Eucaristía.

Al anochecer se descubrirá á Su Divina Majestad, se rezará el santo Rosario y lectura de las meditaciones propias de la novena del Santísimo Sacramento; «Escucha benigno», acto de desagravio, concluyendo con el himno de la Asociación «Si descubres en torno á tus aras» y la Reserva. En esta forma continuará el Novenario los demás días.

—El número de la presente semana de «Blanco y Negro» es como siempre sugestivo é interesante. De los elogios que pudiéramos hacer nos releva el prestigio de los escritores y artistas que figuran en tan notable número. Un cuento de la

Pardo Bazán ilustrado por Mendez Brinca, un soneto de Rueda ornamentado por Blanco Coris, una Crónica parisiense de Luis Bonafoux, y otros trabajos del Sastre del Campillo, Contreras, Gabaldón, Cadenas y Floridor. Entre las ilustraciones son muy recomendables las de Alberti, Apeles Mestres y Cilla.

Completan el número varias planas de color originales de García y Rodríguez, Sánchez Solá y Maximino Peña.

La voz de la verdad

Desde más de quince años los medicamentos COSTANZI son los únicos que curan cualquiera enfermedad venérea ó sífilítica. Para más detalles léase en 4.ª página «Milagrosa Inyección ó Coufites anti-venéreos y Roob antisifilítico COSTANZI.»

—LICÓRORO.—El mejor digestivo.

LA VIDA RELIGIOSA

Santo de hoy.—San Juan Cancio presbítero y Santa Irene virgen y mártir.

Santo de mañana.—Santa Ursola y 11.000 Virgenes mártires.

VERDADERA GANGA

Se venden dos casas en esta población, situadas una, con huerto, en la calle de San Antonio y otra en la calle San Nicolás, número 157. Las dos rentan un buen interés.

Darán razón, San Francisco 61, 2.º

CALLOS Y UÑEROS

El mejor Callicida conocido hasta hoy es la extirpación practicada por el distinguido callista

RAMÓN BROTONS

San Nicolás 9, Alcoy

Horas de consulta, de 2 á 4 de la tarde.

Droguería de "El Soldado"

El Elixir Estomacal de Sáiz de Carlos se vende en esta Droguería más barato que en otra parte.

Polavieja, 33

DEFICIENCIAS de la Ley del Notariado

CARTA ABIERTA.

«Cada partido judicial constituye distrito de Notariado, dentro del cual se crearán tantas Notarías cuantas se estimen necesarias para el servicio público, tomando en cuenta la población, la frecuencia y facilidad de transacciones, las circunstancias de localidad y la decorosa subsistencia de los Notarios.»

(Art. 3.º de la L. del N.)

Sr. Director del HERALDO DE ALCOY. Muy señor mío y de todo mi respeto: Allá en mis mocedades, cuando eran negros mis cabellos y gratas y risueñas mis ilusiones, la lectura del artículo de la Ley del Notariado, que sirve de lema á este escrito, me decidió á ser Notario. Tener garantida por una ley orgánica la decorosa subsistencia, es tentación difícil de resistir y muchos hemos caído en ella ingresando en el Notariado.

Han transcurrido los años, los negros cabellos se han hecho blancos, las gratas y risueñas ilusiones se han convertido en dolorosos y tristes desencantos, sin poder comprender dónde está la garantía de la Ley, para asegurar la decorosa subsistencia de los Notarios.

Y sin embargo, esa Ley, al establecer que para determinar las Notarías que fueren necesarias, en cada partido judicial, se tomará en cuenta la decorosa subsistencia del Notario, deja consignado el principio de que toda plaza notarial, debería subvenir á la decorosa subsistencia del funcionario que la desempeña.

Ni podía ser otro el pensamiento del legislador. El Estado es órgano del derecho y el derecho es el fin primero de toda sociedad constituida como Estado. Pero el Estado, como entidad, no puede realizarlo en la autorización de actos y contratos extrajudiciales lícitos, pero lo lleva á efecto personalizándose por medio del Notario, de consiguiente lo que hace el Notario en representación del Estado, es llevar á efecto una función

cierto, por fortuna, que ante las saludables, y remozadoras, y castas fruiciones que nos regala pródigamente el pasado, doctrinándonos con enseñanzas, ejemplos y lecciones que fortalecen al espíritu en sus mortales desmayos, caen como minadas por su base todas las sutilezas y argucias de la razón sectaria.

Sin negar con acalorado apasionamiento, la gallarda magestad, la excelsa hermosura, y la régia pompa de los soles que nacen en nuestros días, incendiando con arreboladas esplendideces todas las cimas del horizonte social, séame lícito afirmar que les vencen en incomparable belleza, aquellos oasis gloriosísimos abiertos en el pasado para recibir como con especiales honores de triunfo á los viejos astros que desmayan en ellos su carrera victoriosa. Porque las promesas que anuncia el día, no siempre son tan pródigas en realidades como dán en soñarlas nuestras ilusiones, mientras los recuerdos de todo aquello que remozó nuestra vida, alimentándola á sus pechos, y la dió alientos soberanos, y viriles audacias, y tenacísimos propósitos, para que dejase estampada su fecunda huella en todos los caminos de la historia, nos espolea é incita á que deseemos con todas las veras de nuestro corazón, su renacimiento y eflorescencia. ¡Tal vez para demostrar esta misma idea, pregonando las grandezas del pasado, que son todas las de la tradición, cantó un poeta contemporáneo, sin que la hipérbole amasase ciertamente con su levadura la robusta rima, que

«siempre cuando el sol se pone se vé lo que alumbró el sol.»

Desmayado ya por las primeras fatigas que prepara la molesta pero necesaria pesadumbre de los años, me complacen dulcemente por todo extremo, las caricias siempre misteriosas de aquellos viejos amores, á los cuales no regateo nunca mi corazón el tributo más sincero de sus cariños. ¡No he querido jamás que se apagase el fuego sagrado de la tradición! Enamorado vivamente de aquellas grandezas que nos hablan siempre de superiores destinos, de santas rehabilitaciones y de posibles renacimientos, doy de mano á todas las que hoy solicitan nuestra adoración, vendiéndonos su efímera privanza por el plato de lentejas de los éxitos afortunados, porque no quiero desasirme de los brazos amorosísimos de la tradición, ni dejar de

reñir en su nombre un solo momento, con los viriles bríos de mi cristiano entusiasmo, las batallas de la verdad, de la belleza y del bien!

En estos momentos de verdadera crisis social, en que todos los organismos sienten maldicho y quebrantado su vigor por internas convulsiones, es altamente nobilísimo llevar consuelos, lenitivos y esperanzas, á los corazones henchidos de incertidumbres, desencantos y zozobras. Y porque solo quiero ser cortesano de la verdad, me complazco contestando agradecido, á los que enamorados como yo de todo aquello que es gloria y es grandeza, esperan confiados que se seren en los horizontes, y se conviertan en mansas brisas los desatados huracanes, y se enderecen todos los caminos torcidos, y el Señor se apiade y se conduela, de los que llamamos piedad y misericordia, con los filiales fervores de la santa tribulación cristiana.

Así como no es posible que exista un pueblo sin religión, sea esta la que fuere, según afirmaba con sentenciosa elocuencia el príncipe de los oradores romanos, tampoco puede concebirse la existencia de un pueblo sin tradiciones. Son ellas como el anchuroso cauce por donde ruedan sus corrientes, hasta derramarse y confundirse en los mares de la historia, todos los orígenes de la vida social. Mezclando poéticamente lo cierto con lo verosímil, lo verosímil con lo legendario, y lo legendario con lo fabuloso, delinean en el lienzo de la realidad histórica el hecho toscamente esbozado por la tradición, ennobleciendo de esta suerte con los hechizos y trazas de la fantasía, aquellos sucesos que hieren con viveza más honda, las fibras patrióticas del narrador.

Al comenzar á recojer la historia los primeros elementos de su labor verdaderamente titánica, hubo de buscarlos por necesidad en los inagotables aunque escondidos tesoros de la tradición. Y porque adivinaba como intuitivamente que solo allí podía encontrarlos, estudió en los risueños albores de la civilización, el ritmo de los primeros vagidos de la vida social, que mostraba ya como en amórfico embrión, el fecundo germen de las futuras concepciones del genio. Comprendiendo que la tradición guarda el secreto de enaltecer y dignificar con prestigios semi divinos la cuna de todos los pueblos, aplaudió que la envolviesen con la luz misteriosa de los vislumbres vespertinos, el mito, la fábula, la crónica y la leyenda. Y como no estimó pueril aquella inocente vanidad que se regocijaba rejistrando héroes y dioses en todos los índices genealógicos, complacióse á su vez labrándoles

